

aspides ponzoñosos y sus garras asesinas, las incomodaban á diario con sus picaduras de mosquitos. El día veinte de Abril hicieron una pesquisa en la torre del Temple á media noche; hicieron la tarde del treinta otra. Como en el cuarto de María Isabel hubiera un sembrero de hombre dijolo á la municipalidad el comisario encargado de su custodia. En cuanto Hebert lo supo, se presentó de nuevo con sus sayones ante las princesas, inquiriendo su origen y acaparándolo. El sombrero había pertenecido á Luis XVI, que lo llevaba calado la noche de su entrada en el Temple. Reclamádalo Isabel como una reliquia de familia y se lo llevó el municipio como un despojo de vencido.

En su íntima unión hallaban las princesas á sus dolores consuelos y en las desesperaciones sumas esperanzas ciertas. La santa Isabel cumplía el tres de Mayo dentro de los calabozos del Temple, cuando naciera en los jardines de la Monarquía, veintinueve años. Esta princesa poseía el sentido histórico que deben poseer cuantos pertenecen á seculares dinastías. La memoria era su facultad capital, si es que á semejante depósito de recuerdos, receptor de cosas pasadas, muy pasivo, puede dársele nombre como el nombre de facultad, cuyo desarrollo exige múltiples y continuas actividades. Así recordaba un día como el día de la reunión de los Estados Generales, compuestos de todas las jerarquías y estirpes y clases francesas; con las aleluyas que los acompañaban bajo toldos multicolores; entre regias banderas, sobre alfombras de flores, seguidos por preciosas orquestas y hasta rociados de agua bendita por el clero en el templo donde se creían aseguradas para siempre, según el homenaje de las nuevas generaciones, así la realeza como la Iglesia mientras las nuevas ideas filosóficas y el espíritu moderno, provenientes del Cristianismo, del Renacimiento, de la Reforma, de la Enciclopedia, del contrato social, del éther y del calor, promovidos por el movimiento inglés y el movimiento americano, condensaban la revolución, á cuyos estampidos se pulverizaban los antiguos ídolos y se caían los viejos altares. Al día siguiente de tal aniversario, parecido á fecha muy separada del noventa y tres, no tanto por los cortos tiempos transcurridos, por los innumerables hechos pasados, cayó enfermo el Delfín. ¡Lo que importa el cambio de afectos y el cambio de ideas en este mundo! Ellos determinan creencias nuevas y en las creencias nuevas se cristalizan las instituciones animadas por el espíritu. La dignidad y título del Delfín, traían en los siglos pasados sobre quienes los llevaban una lluvia de bendiciones y de privilegios y de prestigios y de ventajas incabables, mientras en el siglo de la Enciclopedia, de Voltaire y su risa, de Rousseau y su dogma, de Mirabeau y su elocuencia, sólo apartaba tormentos al cuerpo y angustias al espíritu. Dolíale al pobre muchacho, quien por aquellos días contaba ocho años, dolíale mucha la espalda, molestadísima por punzadas que se corrían hasta el costado, generadas por la inmovilidad á que lo condenaban y por el aire viciadísimo en que vivía. Bien pronto estas punzadas se agravaron y estas agravaciones dieron alta fiebre al Delfín. Isabel y Antonieta, parecidas á la Madre dolorosa del cristianismo, se constituyeron en solícitas

enfermeras y alejaron á la princesa real para que no se contagiase con aquel corrompido aire cargado de febriles miasmas. La enfermedad, consecuencia natural de su desgracia, no debía dejar un punto hasta matarlo, al misero pimpollo, que asiera entre sus garras. Antonieta se afligía con tanto mayor motivo, cuanto que le recordaba el seis de Mayo su arribo á Francia, por la grande isla del Rhin, donde pasó de austriaca infanta, según mero cambio de fórmulas, á delfina francesa veintitres años antes. Cómo debían aquellos recuerdos avivarse á una en su memoria y descender como lluvia de plomo derretido á su corazón. El cielo francés le advertía que no entrara. Un crespón de nubes tonantes recamadas por continuos relámpagos que les prestaban siniestras formas hacían estremecer desde las alturas del aire hasta las profundidades del suelo. ¡Tristes presagios! Pues la tapicería del pabellón, en que Antonieta tomara posesión de su nueva dignidad, superaba en siniestras agorerías. Viéndola un romano se hubiera vuelto á su casa. Gobelinos soberbios reproducían las bodas de Medea y Jasón. Allí se veían los tormentos de unos celos rabiosos, las venganzas de una mujer malherida en su amor, las cóleras de los dioses airados, las hechicerías de los magos asiáticos, la desesperación del desengaño, una novia sustituida sin escrupulo al primer amor, procelas sin cuento, incendios de una voraz intensidad, en los aires la muerte, convertido en sepulcro vastísimo el suelo de Argos, el exterminio conducido en un carro de fuego al cual iban uncidos dragones infernales, Medea loca de odio, Jasón hecho cenizas, troncos caídos, palacios deshechos, niños trucidados. El gran Goethe refiere esto en sus *Memorias* y dice que no tenían bueno el seso quienes para obsequiar á una joven princesa yendo á Francia en pos de un infeliz himeneo, le presentaban la imagen del más horroroso himeneo que guarda en sus largos anales la Historia Universal.

¿Quién hubiera olvidado en tanta miseria los días felices de las pasadas grandezas? Los clérigos salían con alzada cruz á bendecir la princesa como cuando van á bendecir los campos en que verdean las espigas y purpurean las amapolas. Coros de muchachas, vestidas como para tomar la primera comunión, discurrían por las afueras de los pueblos en honor de la imperial joven. A las coronas de brillantes guardadas en el real joyero uníanse coronas de flores, ofrecidas por inocentes manos, é iluminadas por el rayo de ojos serenos y tranquilos. Todo en Versalles á la cortesanía y á la etiqueta se prestaba. Las fuentes y lagos parecían espejos de la real familia. Los árboles se inclinaban bajo la tijera de los jardineros como los cortesanos bajo la etiqueta de los monarcas. Venía el delfín á la vida entre loores, incienso, presentes; pareciéndose tal espectáculo á las Venidas de los Reyes Magos trazadas por los primeros pintores de la era cristiana. Cincuenta guardias de corps escoltaban su áureo coche de gala tirado por ocho caballos blancos en que Antonieta conducía su hijo al templo. El cañón de los Inválidos decía que la Providencia confirmaba el derecho hereditario y la perpetuidad de los reyes en Francia. Todo fué júbilo y regocijo el



gran París. Antonieta visitó á Nuestra Señora por la mañana; por la tarde á Santa Genoveva en procesiones interminables; comió en su palacio de las Tullerías, cenó en el Temple. La embajada española quemó un maravilloso fuego de artificio. El delfin tuvo sus cortesanos, sus coperos, sus correos, sus guardias, un cuerpo de maestros, otro cuerpo de músicos y hasta una escuela ó facultad de médicos. Y ahora, enfermo, no tenía lo que tiene un expósito en el hospital: no tenía un médico. Antonieta lo pedía con instancias al ayuntamiento. Y el Consejo le contestaba, tomando en debida cuenta su petición, que, para oirla y satisfacerla, necesitaba oír antes á los comisarios del Temple. La Reina pedía un doctor, el cual grande confianza le inspiraba, por haber curado varias veces á su pobre hijito: el doctor Brunger. Y la Municipalidad le contestaba lo que sigue, inverosímil contestación, la cual no creeríamos sin verla guardada y contenida en los archivos de la Historia: «Leída, el ayuntamiento dice, una carta de los comisarios adscritos al servicio del Temple y de sus prisioneros, noticiándonos una enfermedad del Capetillo y pidiéndonos para su cuidado y curación un médico especial, el Consejo acuerda que sirva para tal caso el oficial médico de las prisiones públicas, puesto que los principios revolucionarios de igualdad quedarían violados al mandarle cualquier otro». Con razón, al recibir tales golpes, Antonieta recordaba las advertencias sobre su destino y suerte dadas por los hechos fatales y por los seres inanimados los días de sus bodas, como si quisieran preservarla de tantas y tan desmedidas desgracias: aquel duelo general de Alemania, donde lloraban las piedras, que le siguió hasta el seno de Francia como un ave agorera y nefasta; el horrible huracán subsiguiente al trémulo y modesto «sí» dado á Luis XVI la mañana de su boda; los oráculos adversos dichos tanto por los estadistas de previsión y de ciencia como por los quirománticos y charlatanes y adivinadores de oficio; aquella noche clásica de los festejos nupciales en que circulaba espesa multitud por la plaza de Luis XV y los puentes vecinos, cuando, bajo un cielo cubierto de tranquilas estrellas, por los bosquecillos de las regias florestas, dentro del jardín mismo de las Tullerías, estalla formidable incendio, y las columnas de los viandantes opuestos chocan formando como una tromba; y el tumulto y el desorden á este choque consiguientes encrespan los espectadores; y la sangre corre de innumerables cuerpos machucados; y caen cadáveres los mismos que minutos antes bailaban y reían; y el suelo se llena de humanos despojos en guisa de un verdadero campo de batalla; y resuenan los aires con lamentaciones de heridos y estertores de moribundos y quejas y maldiciones de los supervivientes; y la reina que celebraba en aquella embalsamada noche de Mayo su primer entrada en París, tuvo que volverse á Versalles, no diré muy advertida de lo porvenir, que guarda sus secretos hasta la hora postrera, muy amargada, sino por los presagios de lo porvenir, por las desgracias de lo presente.

Así, los meses de cautiverio pasaban en el Temple, llegando á Junio. En los primeros días de tal decisivo mes no estuvo tan aislada la mansión del dolor que dejase de advertir

lo sucedido fuera; vibraciones de armas, paso de patrullas, clamores de malandanzas, vociferaciones de tumultos, cierre de puertas, aperturas de cárceles, hervores de clubs, toques de generala, estados de sitio, consignas de destacamentos, repiques á rebato, cañones y cañonazos de alarmas, descargas de fusiles, señales de tormenta en lo alto y en lo bajo, estremecimientos de terremoto ¿Cómo, y por qué acontecía todo esto? Pues todo esto acontecía porque los girondinos estaban ya rotos é iban á pagar carísima su victoria del diez de Agosto anterior. Unos habían sido arrestados en París; otros perseguidos hasta en sus departamentos; dispersos todos; el más elocuente obligado á callarse y á irse contra su voluntad el más valeroso, y á esconderse unos en las cavernas de los brutos feroces y á entregarse otros á merced de los elementos sin orientación y sin ruta, apelando muchos á la trágica extremidad del suicidio. ¡Cuántos no estuvieron en las mismas prisiones que la reina y atados á su carreta recorrieron su misma calle de amargura y sus mismas vías hacia el Calvario! Otra conjuración de las muchas urdidas en socorro y rescate de Antonieta quedó en Junio marrada. La impresión causada por este marro fué inmensa, pues desde la muerte del rey Luis hasta la entrada del mes de Junio, Antonieta se captara muchos corazones y se hiciera muchos amigos. Entre los conversos se hallaba el matrimonio Tison. Puesto allí para vigilar á los reyes parecían esas furias litúrgicas de los infiernos ortodoxos que tienen un encargo tan triste como atormentar á los condenados. Mas, por muy pervertidas que las naturalezas humanas estén, no carecen de humanidad siempre y en todas ocasiones. El tiempo hizo en aquella gente lo que no pudo hacer el espíritu. El marido se ablandó, sintiendo la compasión, mientras la mujer se airó contra sí misma y sintió el remordimiento. Un día que Antonieta se hallaba en sus devociones absorta, interrumpió su absorción la pobre mujer. Desvestida casi de sus ropas, desgredada la cabellera, dando alaridos su pecho, saliéndosele de las órbitas los ojos, dobladas las rodillas; y los brazos trémulos, arrastróse á los pies de la regia prisionera y le pedía perdón. Antonieta la levantó del suelo en seguida; la estrechó contra su corazón, y enjugándole con cariño las lágrimas, cuando tantas le había hecho derramar ella, la socorrió y auxilió en todo cuanto le permitieron su soledad y su pobreza. Durante largo tiempo hubo que ocultar su demencia y la ocultó Antonieta con sumo cuidado para que no perdiese aquella familia su empleo, base única de su subsistencia. La pobre loca desconocía por completo á su hija; y Antonieta se desvelaba y desvivía para sacudir la inercia de su espíritu y avivarle allá en los recónditos senos del alma la memoria de la criatura infeliz á quien diera el sér y la vida. Si alguna vez la servidumbre, á su cuidado puesta, le ofrecía cualquier manjar de gusto, Antonieta, sin acordarse de sus disgustos, repartía el manjar entre los mismos que la malherían y atormentaban. Estando tan débil, una noche se privó del caldo para que lo tomase la Tison. Ésta, en reciprocidad, había llegado hasta una especie de culto por Antonieta. A este culto había subseguido una especie de aborre-



cimiento á todos aquellos que la perseguían ó atormentaban. Y como nadie la persiguiera cual ella, este odio á sí misma la llevó á remordimientos, en cuyas punzadas fué dejando pedazos de la razón y pedazos del alma. Constituída en acusadora de sí misma, la infeliz hablaba de las redes tendidas por su mano aleve á la inocencia inmaculada; de los embustes dichos á sabiendas; de las falsas delaciones que habían causado tantas muertes; de los torcedores y tormentos llevados á la familia real; y se arrastraba por el suelo y se estremecía en todos sus músculos y se mesaba los cabellos por tal modo y se golpeaba con tanta fuerza que había necesidad de vigilarla para impedirle llegar hasta el suicidio.

En el Temple se guardaban entonces ejemplares de la familia real, que luego habían de irfluir sobre la suerte de Francia y hasta sobre la suerte de Europa. La inquina que María Teresa cogió á la libertad en el cautiverio trascendió á todas las princesas de su familia. Napoleón la llamaba el hombre único existente en la dinastía de Borbón. Igual á ella su heredera, cuñada, sobrina, la duquesa de Berry, cuya dramática historia referiremos aquí, para mostrar cómo los tipos sociales subsisten dentro de la sociedad al modo de los naturales dentro del Universo. Mr. Thiers, subió al poder y fué nombrado ministro al mediar el reinado de Luis Felipe. En pocas ocasiones se ha visto un pueblo tan conmovido como á la sazón estaba Francia. La sangre de Polonia había caído á manera de plomo derretido sobre el corazón de todos los franceses; la insurrección de Bélgica, obra de Francia, se hallaba terriblemente amenazada; la Vendée volvía á renovar sus siniestros juramentos de pelear y morir por la legitimidad vencida; la duquesa de Berry desembarcaba para suscitar la guerra civil con su presencia; el partido republicano, lleno de vigor, de talento, pronunciaba discursos como los de Garnier Pagés, escribía artículos como los de Armand Carrel, lanzaba folletos como los de Cormenin, propagando en los ánimos, con la idea de que las jornadas de Julio habían sido perdidas, la esperanza de tomar el desquite en una nueva revolución; el poder temporal de los papas vacilaba; Italia se retorció de dolor; el socialismo se iba convirtiendo en una especie de religión, con una iglesia industrial, sobre la que atraían grandes simpatías los rayos del poder embotados siempre en las ideas; las insurrecciones de Lyon y de París, si bien vencidas, mostraban con su terrible aspecto hasta el fondo del abismo; y por todas partes se veía que si el nuevo régimen aspiraba á ser duradero, había de alzar sus bases sobre lavas incandescentes. Tal era la situación peligrosísima en que Thiers subió al poder. El rey había visto caer á Carlos X por seguir una política personal. Y, sin embargó, una política personal siguió él. La diferencia entre ambos políticos era notable. Carlos X se hallaba inspirado por su culto, y Luis Felipe por su codicia. Carlos X defendía ideas, y Luis Felipe intereses; para aquél era la política un holocausto á Dios y á su Iglesia; para éste un estiércol con que abonaba sus campos. Así, no quería hombres de talento en su ministerio, porque el talento era un obstáculo á su política personal; quería hombres ignorantes ó serviles. Si aceptó el ministerio

en que Broglie, una especie de estoico, y Guizot, una clara inteligencia, y Thiers, una gran palabra, entraron, fué para conjurar las tormentas de la opinión, para afrontar los debates del Parlamento, y para obtener, suscitando una rivalidad que fué eterna entre estos dos hombres, que la política de ambos se anulase en esfuerzos contrarios y prevaleciese solamente la política real, la voluntad del monarca. Ambos cayeron en el lazo, ambos lucharon en el consejo de la Corona y en la Cámara, ambos rompieron mil veces en aquella porfía sus armas; pero, al fin, los proyectiles hirieron á Luis Felipe, y lo derribaron del trono. Uno de los actos más solemnes del ministerio de Thiers, fué la prisión de la princesa de Berry, madre del rey legítimo de Francia, del pobre Delfín, sobre el cual había recaído el derecho á la corona, merced á dos abdicaciones, y á la muerte del desdichado Delfín, recluso en el Temple. La duquesa había mostrado un gran valor desembarcando en Francia para defender una causa que tenía á sus ojos el prestigio del derecho histórico y el prestigio de su amor maternal. Luis Felipe, á fin de descubrir el asilo de la princesa en Nantes, compró un traidor, fácil de hallar durante aquella época en que todo tenía precio, porque la política era un gran mercado. Beust, que había pasado por legitimista siempre, le vendió el secreto, y llevó la policía traidoramente hasta el asilo de la desgracia. La duquesa, huyendo de la policía, estuvo diez y seis horas encerrada con algunas personas leales en el hueco de una pared, al lado de una chimenea, donde todo recurso era imposible, donde apenas entraba el aire, donde creyó morir de ahogo, hasta que, encendida la chimenea y próximo su cuerpo á ser tostado vivo, rindióse su ánimo y salió para entregarse á sus perseguidores, víctima de una de esas infames traiciones que los gobiernos aprovechan, pero que la Historia reprueba eternamente. Luis Blanc relata en su *Historia de los diez años*, cómo Thiers, ministro de la Gobernación entonces, conoció al traidor. Un día recibió cierta carta misteriosa, en la cual dábanle una cita para los Campos Eliseos, en sitio muy bien señalado y á hora avanzada de la noche, con el fin de comunicarle un gran proyecto. Thiers vaciló; pero, tomando dos pistolas cargadas, fué á la cita. Allí encontró á Beust, y allí se pactó la traición. Un acto de gobierno se preparaba como un crimen. Pero el criminal, que se esquivo á la luz del día, no se esquivo á la luz interior de la conciencia. Cuando la duquesa fué arrestada, Beust pedía á grandes voces la muerte. Thiers, con el valor necesario para intentar esta prisión, no lo tuvo para intentar el proceso que era su natural consecuencia. A causa de esto, pasó del ministerio político del Interior al ministerio económico de Comercio. La mayor responsabilidad fué para Luis Felipe al apresar á la duquesa de Berry; ó, ya prisionera, no juzgarla. Tenerla en la fortaleza de Blaye sin juzgarla, era para los orleanistas comprometer la nueva dinastía con aquel peligroso depósito; para los republicanos, quebrantar la igualdad ante la ley, declarando que no había en Francia tribunal capaz de juzgar al jefe de una sangrienta guerra civil; y para los legitimistas, un crimen de prisión arbitrario, un tormento más sumado á los tor-